



asociación
mexicana de
tanatología, a. c.



ISSSTE

VALOR CRISTIANO-CATÓLICO DEL SUFRIMIENTO HUMANO

TESINA

**PARA OBTENER EL DIPLOMADO EN
TANATOLOGÍA**

Presenta:

Diácono Permanente Dr. José Silvestre López Saldaña

Director: Silvia Guadalupe Retana González

León, Gto. Julio 2013

Índice.....	1
Presentación.....	2
Introducción.....	3
Objetivos.....	5
Justificación.....	6
El Sufrimiento en el Antiguo y Nuevo Testamento.....	7
La enfermedad en nuestro tiempo.....	10
Sufrimiento, dolor y enfermedad.....	14
Mundo del sufrimiento.....	19
Valor cristiano-católico del sufrimiento humano.....	22
Conclusiones.....	25
Bibliografía.....	27

“El sufrimiento solo tiene sentido, si lo cambia a uno mismo y lo hace mejor”

Víctor Frankl

Dos hombres avanzan juntos por un camino. Uno de ellos está convencido de que la ruta conduce a la ciudad celeste, mientras que el otro opina que no conduce a ninguna parte; pero como no hay otro camino, viajan juntos. Ninguno de los dos ha recorrido jamás ese itinerario; por ello, ninguno puede decir que hallarán a la vuelta de cada curva.

Durante el viaje viven momentos fáciles y gozosos, pero también momentos difíciles y peligrosos. Durante todo el tiempo, uno de ellos piensa el viaje como una peregrinación a la ciudad celeste. Interpreta los momentos agradables como estímulos, y los obstáculos como pruebas de su propósito y lecciones de perseverancia, preparadas por el rey de aquella ciudad y destinadas a hacer de él un habitante digno del lugar al que se encamina.

Pero el otro no cree nada de esto y considera el viaje como una marcha inevitable y sin objetivo. Dado que no hay opción, disfruta el bien y soporta el mal. Para él no existe ninguna ciudad celeste que alcanzar ni una finalidad que dé sentido a su viaje: existe sólo el camino y las vicisitudes del mismo, en el buen tiempo y en el malo. Los caminantes no tienen distintas expectativas sobre las cosas que encontrarán en el camino, sino únicamente en su último destino.

Al volver la última curva es cuando se verá que uno ha tenido la razón todo el tiempo y el otro ha estado siempre equivocado. (*J. Hich, Philosophy of Religion*).

Introducción

« Suplo en mi carne —dice el apóstol Pablo, indicando el valor salvífico del sufrimiento— lo que falta a las tribulaciones de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia.

»

(SalvificiDoloris S.S. Juan Pablo II).

Todos estamos expuestos al dolor, al sufrimiento, son compañeros silenciosos, invisibles o aparecen como intrusos manifestándose en forma intempestiva y con grandes síntomas.

En la cultura de nuestro tiempo tal parece que el sufrimiento, no debería formar parte de nuestra vida, pone en cuestionamiento algunos de los aspectos de la persona que se tienen en alta estima, como la autonomía, la autosuficiencia y la productividad. Sin embargo es una realidad el hecho que es parte de la naturaleza humana y desafía nuestro sentido de paz y bienestar.

Durante mi formación profesional y especialidad no se me adiestró, que nuestro desarrollo embriogénico, las enfermedades, el dolor, el sufrimiento y la muerte, fueran distintas entre los cristianos-católicos y no creyentes, al menos no tengo conocimiento que una enfermedad sea diferente en sus signos, síntomas, diagnóstico, evolución, pronóstico y tratamiento.

Curiosamente, nosotros los seres humanos no solemos cuestionarnos, ni nos interesa qué sentido tienen la alegría, el éxito o el placer, vivimos la gran mayoría de las personas en un estado tal vez como si pareciera de inconciencia mental, nos interesa y nos informamos de los últimos avances científicos, tecnológicos, insospechados, espectaculares que ocurra una velocidad vertiginosa incluso para los profesionales de la salud para preservar la salud o alargar la vida, claro esto tiene que ser sin el más mínimo sufrimiento y dolor, porque nuestro intelecto que al parecer es dominado mediáticamente por lo que dictan los cánones de personas que marcan las directrices de cómo debemos comportarnos.

En el mundo actual al sufrimiento no se le encuentra sentido, sino que se le rechaza, de ahí los movimientos a nivel mundial con leyes disfrazadas con palabras retóricas, sutiles y ambiguas para no crear sentimientos de culpa a nivel personal, en la familia y en la sociedad, se presentan como avances del hombre moderno, aunque no me queda claro quien, porque y para que lo dice o lo dicen, como señala su S.S. el Beato Juan Pablo II: «Amenazas no menos graves afectan también a los enfermos incurables y a

los terminales, en un contexto social y cultural que, haciendo más difícil afrontar y soportar el sufrimiento, agudiza la tentación de resolver el problema del sufrimiento eliminándolo en su raíz, anticipando la muerte al momento considerado como más oportuno y en las personas vinculadas afectivamente con el enfermo, puede surgir un sentimiento comprensible aunque equivocada de piedad. Encontramos una trágica expresión de todo esto en la difusión de la eutanasia, encubierta y subrepticia, practicada abiertamente o incluso legalizada.

Además, admitir que se puede decidir sobre la vida del hombre basándose en un reconocimiento exterior de su calidad equivale a reconocer que a cualquier sujeto pueden atribuírsele desde fuera niveles crecientes o decrecientes de calidad de vida, y por tanto de dignidad humana, introduciendo un principio discriminatorio y eugenésico en las relaciones sociales.

Todo esto se ve agravado por un ambiente cultural que no ve en el sufrimiento ningún significado o valor, es más, lo considera el mal por excelencia, que se debe eliminar a toda costa .Esto acontece especialmente cuando no se tiene una visión religiosa que ayude a comprender positivamente el misterio del dolor.» (1)

Pero esta actitud no nos prepara para la vida. Se busca alivio de todo esfuerzo y de todo sufrimiento. Todo esto es claramente positivo, pero encierra sus riesgos. Corremos el peligro de que lleguemos a creer que lo podemos suprimir, cuando resulta que el dolor, el sufrimiento, la muerte, son inevitables y forman parte de nuestra propia naturaleza humana.

Objetivo General: Exponer que a la luz de la Palabra de Dios, en Cristo Vivo y Resucitado, la persona encuentra un valor cristiano-católico en el sufrimiento como experiencia de fe, crecimiento personal y espiritual.

Objetivo Específico: Que el tanatólogo reflexione y comprenda la dimensión espiritual de la persona, el valor y sentido del sufrimiento humano desde la óptica cristiano-católica para poder acompañar y ayudar a la persona que sufre.

Justificación

La dimensión espiritual es valorada como una cualidad muy importante por el hombre y aunque se ha avanzado en el diálogo entre las distintas visiones y credos en esta dimensión, existe poca experiencia en la formación del tanatólogo. Se trata de un área básica, que la tanatología debe impulsar como parte fundamental para que la persona tenga herramientas de ayuda para reforzar no solo la dimensión humana sino la espiritual, que es donde hay mucho más que hacer cuando se pierde aparentemente la esperanza.

La complejidad del ser humano exige además que el tanatólogo en la relación de ayuda a la persona que sufre, tome en consideración sus dimensiones, respetando sus creencias religiosas y espirituales, sin minimizarlas, juzgarlas o criticarlas, todas absolutamente todas merecen nuestro más absoluto respeto los credos de diferentes religiones.

Se pretende intentar que se reflexione sobre la dimensión espiritual de la persona, en el valor y sentido del sufrimiento humano, desde la perspectiva cristiano católica ante las diferentes pérdidas, incluida la salud, ya que en algunos sectores de nuestra sociedad contemporánea los interpreta erróneamente como masoquismo, nada más alejado de la verdad.

Exponer que precisamente frente a ese desafío, la fe cristiana, si se la comprende y escucha en toda su riqueza, nos ayuda a comprender más profundamente el misterio del sufrimiento, a soportar el dolor con más valor y se presenta como fuente de serenidad, paz y ocasión de un crecimiento personal y espiritual.

Que a la luz de la Palabra de Dios, de Jesús vivo y Resucitado, la vida del hombre como ser trascendente asume una dimensión nueva y sobrenatural. Lo que parecía carecer de significado adquiere entonces un profundo e invaluable sentido y valor.

Que nos ayude como tanatólogos a reflexionar en la comprensión de las necesidades espirituales del enfermo, para poderle acompañar, afrontar y ayudar.

Sufrimiento Humano en el Antiguo y Nuevo Testamento

Israel como todo pueblo primitivo, se ve envuelto en el inicio de su camino en un mundo mágico, desde el que pretende explicar el origen del sufrimiento. Piensan que el mundo está lleno de fuerzas desconocidas capaces de causar males, enfermedades y aún la muerte.

«Que una fuerza mala anda suelta por ahí, sin control alguno. Y es muy difícil detectar donde se encuentra, ni cómo actúa. Es la causante de sus males físicos. Tenían una cronología muy simple: los cielos son la sede de la divinidad, el aire de los espíritus, la tierra es la sede del hombre; y el sheol, de los muertos. Esta fuerza mágica, en los orígenes de Israel, se pensaba que podía ser el pecado, la maldición o los malos espíritus». (2).

Nuestra mentalidad actual establece una distinción entre pecado y castigo. Son dos cosas diferentes. Para los israelitas, en cambio, el pecado y el castigo eran lo mismo. «La realidad del pecado abarcaba también parte del castigo». (3); «Por eso Caín es incapaz de soportar su pecado, o sea su castigo de andar errante, alejado de Dios» (4).

Pero no todo el sufrimiento proviene del pecado. «Existían otras fuerzas desencadenantes, como por ejemplo una maldición, que como la bendición, según su mentalidad, eran una realidad tangible y explicaban ciertas desgracias del pasado como consecuencia de una maldición». (5).

«En sus esfuerzos por liberarse del peso mágico de la maldición, los israelitas la pusieron en boca de Yahvé, y lo consideraron más poderoso que la maldición de los hombres. Así se anulaba el poder de la maldición humana ». (6)

Solo la idea de Dios actuando en la historia del pueblo irá salvándolos de su mundo mágico, hay que mencionar que ellos no tuvieron siempre el mismo grado de conocimiento de Dios, fueron purificando lenta y progresivamente sus ideas sobre el sufrimiento, ni siquiera hubo un núcleo de creencias, sino de diversas tradiciones tomadas de los pueblos vecinos y las hicieron propias, incluidas en su cultura. Por ello no debe de extrañarnos los diversos enfoques que le fueron dando el misterio del sufrimiento humano

La respuesta del sufrimiento nos la da Dios en el Nuevo Testamento en la persona de Nuestro Señor Jesucristo. Todo el Antiguo Testamento es un lento caminar hacia

Jesús, con Él cambia el punto del enfoque del sufrimiento, busca vivencialmente, el para qué el dolor humano, y cómo superarlo y trascenderlo.

En el tiempo de Jesús todavía cree la gente que el que sufre algún mal es por castigo de Dios, «por castigo de sus pecados o de sus antepasados, no dudan que la ceguera es un castigo de Dios » (7). En cambio, « el que disfruta de una vida feliz piensan que es por bendición de Dios». (8)

Hay que hacer mención en primera instancia que Nuestro Señor Jesucristo no ha venido a suprimir el sufrimiento, ni siquiera vino a explicarlo, no ofrece una explicación doctrinal sobre su sentido.

Tomo como referencia la actitud de Jesucristo ante el sufrimiento humano señalada en las Directrices de la Pastoral de la Salud en México: «Nuestro Señor Jesucristo cambia toda esa mentalidad, se nos muestra como un hombre que vive la vida intensamente, con una profunda alegría interior arraigada en la experiencia gozosa del Padre. No ama el sufrimiento ni lo busca, pero sabe aceptarlo cuando lo encuentra en su propia vida y lo asume activamente como la ocasión más realista para mostrar su amor y confianza total en el Padre. El sufrimiento no desaparece pero es transformado y vencido por el amor.

No le mueve ningún interés económico o lucrativo, no actúa movido por un deber profesional, tampoco se trata de un servicio religioso como el del sacerdote judío, obligado a realizar a los enfermos las purificaciones prescritas en la ley mosaica, lo importante en la vida de Jesús con sus palabras, sus gestos, su forma de afrontar el sufrimiento, su trato y relación con las personas, nos manifiesta que es movido por el amor total principalmente a los más necesitados, débiles e indefensos como son los enfermos.

Busca el encuentro personal con el enfermo, lo acoge, escucha comprende, interpreta sus inquietudes, les infunde fe, aliento y esperanza. Libera a los enfermos de su soledad, Les ayuda a descubrir que no está solo y abandonado por Dios. Le ayuda a creer de nuevo en la vida, en la salud, el perdón y la reconciliación con Dios»(9).

La experiencia del sufrimiento no lo endurece ni lo encierra en sí mismo, antes bien lo hace sensible al dolor ajeno y capaz de «auxiliar a los que se ven probados» (10); y de «identificarse con todos los que sufren » (11).

«Acompaña a las personas en crisis, como se manifiesta en el encuentro de Jesús con dos discípulos camino de Emaús» (12), y es una muestra de su actitud con las personas que estaban atravesando una crisis. Jesús se acerca a ellos y se hace compañero

de su camino; se interesa por lo que les pasa; los escucha y comprende su estado de ánimo; les enseña a leer desde la fe y las Sagradas Escrituras el sentido de lo que les está ocurriendo y eso es precisamente lo que la persona en su sufrimiento necesita, dejarse acompañar por Jesús para que le revele en forma misteriosa y a veces inexplicable el valor y sentido del sufrimiento.

En su actividad mesiánica en medio de Israel, Cristo se acercó incesantemente al mundo del sufrimiento humano. «Pasó haciendo el bien»,(13) y este obrar suyo se dirigía, ante todo, a los enfermos y a quienes esperaban ayuda. De todos modos y actitudes Cristo se acercó sobre todo al mundo del sufrimiento humano por el hecho de haber asumido este sufrimiento en sí mismo.

Jesús, Hijo de Dios, encarnado en la naturaleza humana nos da muestra y ejemplo de fortaleza ante las adversidades. Él es la mano que nos sostiene, sobre todo cuando la cruz del sufrimiento resulta demasiado pesada y, «como le sucedió a Él, experimentamos miedo y angustia» (14).

Como resultado de la obra salvífica de Cristo, el hombre existe sobre la tierra con la esperanza de la vida y de la santidad eterna. Y aunque la victoria sobre el pecado y la muerte, conseguida por Cristo con su cruz y resurrección no suprime los sufrimientos temporales de la vida humana, ni libera del sufrimiento toda la dimensión histórica de la existencia humana, sin embargo, sobre toda esa dimensión y sobre cada sufrimiento esta victoria proyecta una luz nueva, que es la luz de la salvación.

Es la luz del Evangelio, es decir, de la Buena Nueva, proclamada por Nuestro Señor Jesucristo que permanece actual y vigente hoy en día.

La enfermedad en nuestro tiempo

Las enfermedades siempre han existido, con el descubrimiento de los antibióticos, se han mitigado o controlado, otras que causan discapacidad y sufrimiento en cualquier edad, los indicadores que nos señala la OMS en Febrero del presente año son nada favorables y lo menciono por la sinergia que existe entre sufrimiento y enfermedad y que esta es la consecuencia que en ocasiones es propiciada por nuestros malos hábitos y no por un mal o castigo ocasionado y deseado por Dios, como si persistiera la mentalidad mágica del pueblo judío de la antigüedad y achacarle a Dios toda la culpa de nuestros males y desgracias.

La OMS (Organización Mundial de la Salud) describe lo siguiente:

«El cáncer es una de las principales causas de muerte en todo el mundo; en 2008 causó 7.6 millones de defunciones (aproximadamente un 13% del total).

- ❖ Los que más muertes causan cada año son los cánceres de pulmón, estómago, hígado, colon y mama.
- ❖ Los tipos de cáncer más frecuentes son diferentes en el hombre y en la mujer.
- ❖ Aproximadamente un 30% de las muertes por cáncer son debidas a cinco factores de riesgo conductuales y dietéticos: índice de masa corporal elevado, ingesta reducida de frutas y verduras, falta de actividad física, consumo de tabaco y consumo de alcohol.
- ❖ El consumo de tabaco es el factor de riesgo más importante, y es la causa del 22% de las muertes mundiales por cáncer en general, y del 71% de las muertes mundiales por cáncer de pulmón.
- ❖ Los cánceres causados por infecciones víricas, tales como las infecciones por virus de las hepatitis B (VHB) y C (VHC) o por papilomavirus humanos (PVH), son responsables de hasta un 20% de las muertes por cáncer en los países de ingresos bajos y medios.

Aproximadamente un 70% de las muertes por cáncer registradas en 2008 se produjeron en países de ingresos bajos y medios.

Se prevé que las muertes por cáncer sigan aumentando en todo el mundo y alcancen la cifra de 13,1 millones en 2030.

Las consecuencias de los modos de vida poco saludables durante la infancia, también tendrán efectos nocivos en el futuro.

La obesidad infantil se asocia a una mayor probabilidad de muerte y discapacidad prematuras en la edad adulta. Los niños con sobrepeso u obesos tienen mayores probabilidades de seguir siendo obesos en la edad adulta y de padecer a edades más tempranas enfermedades no transmisibles como la diabetes o las enfermedades cardiovasculares.

El riesgo de la mayoría de las enfermedades no transmisibles resultantes de la obesidad depende en parte de la edad de inicio y de la duración de la obesidad. La obesidad en la infancia y la adolescencia tienen consecuencias para la salud tanto a corto como a largo plazo. Las consecuencias más importantes del sobrepeso y la obesidad infantiles, que a menudo no se manifiestan hasta la edad adulta, son:

- Enfermedades cardiovasculares (principalmente las cardiopatías y los accidentes vasculares cerebrales);
- Diabetes; Trastornos del aparato locomotor, en particular la artrosis, y ciertos tipos de cáncer (de endometrio, mama y colon).

Los datos de 2005 muestran las consecuencias a largo plazo de un estilo de vida no saludable. Cada año mueren a consecuencia del sobrepeso y la obesidad por lo menos 2,6 millones de personas.

Lo importante es que nos dan pautas para modificar y prevenir los riesgos: Más del 30% de las defunciones por cáncer podrían evitarse modificando o evitando los principales factores de riesgo, tales como:

- el consumo de tabaco;
- el exceso de peso o la obesidad;
- las dietas malsanas con un consumo insuficiente de frutas y hortalizas;
- la inactividad física;
- el consumo de bebidas alcohólicas;
- las infecciones por PVH y VHB;
- la contaminación del aire de las ciudades;
- el humo generado en la vivienda por la quema de combustibles sólidos». (15)

La ancianidad es la tercera etapa de la existencia: la vida que nace, la vida que crece y la vida que llega a su ocaso son tres momentos del misterio de la existencia, de la

vida humana que «proviene de Dios, es su don, su imagen e impronta, participación de su soplo vital» (16).

Nuestro tiempo se caracteriza por un aumento de la esperanza de vida que, unido a la disminución de la fertilidad, ha llevado a un notable envejecimiento de la población mundial. La OMS en el día Mundial de la Salud en el 2012 señala con preocupación «Durante el siglo pasado, la esperanza de vida aumentó tan sustancialmente que en los próximos cinco años, el número de personas mayores de 65 años será superior al de niños menores de 5 años en el mundo. La discriminación y el abandono que frecuentemente sufren los adultos mayores nos llaman a una reflexión sobre los efectos sobre la salud y los caminos para su plena realización como individuos y su rol social. El gozar de buena salud durante todo el ciclo de vida puede ayudarnos a tener una vida plena y productiva en la vejez, y a desempeñar un papel activo en nuestras familias y en la sociedad».(17).

Por primera vez en la historia del hombre, la sociedad se encuentra frente a una profunda alteración de la estructura de la población, que la obliga a modificar sus estrategias asistenciales, con repercusiones en todos los niveles. Se trata de volver a proyectar la sociedad y discutir nuevamente su estructura económica, así como la visión del ciclo de la vida y de las interacciones entre las generaciones. Es un verdadero desafío planteado a la sociedad, la cual es justa en la medida en que responde a las necesidades asistenciales de todos sus miembros: su grado de civilización es proporcional a la protección de los miembros más débiles del entramado social.

La Iglesia no permanece indiferente ante tales situaciones y es solidaria en buscar alternativas para evitar el sufrimiento en la enfermedad como menciona Benedicto XVI«La persistencia de enfermedades infecciosas que, a pesar de los efectos benéficos de la prevención realizada gracias al progreso de la ciencia, a la tecnología médica y a las políticas sociales, siguen ocasionando numerosas víctimas, pone de manifiesto los límites inevitables de la condición humana.Sin embargo, no hay que rendirse en el empeño de buscar medios y modos de intervenciones más eficaces para combatir estas enfermedades y para reducir las molestias de quienes son sus víctimas».(18).

Como se ve el futuro no es nada agradable, la realidad es que los niños de ahora, adultos del mañana serán susceptibles de enfermedades, y nos estamos convirtiendo en una población mundial que está envejeciendo, lo que indudablemente estará acompañada de dolor y sufrimiento. Por lo que es importante tomar en cuenta y poner en práctica las medidas preventivas ya que las consecuencias abarcan e inciden de diferentes formas, maneras y magnitud, entre otras, en las esferas familiar, social, económica, psicológica y espiritual.

A este respecto hay paradigmas en este siglo con respecto al anciano, en una sociedad light y de consumo ya Juan Pablo II en su carta a los ancianos desde 1999 señala: Los ancianos ayudan a ver los acontecimientos terrenos con más sabiduría, porque las vicisitudes de la vida los han hecho expertos y maduros. Ellos son depositarios de la memoria colectiva y, por eso, intérpretes privilegiados del conjunto de ideales y valores comunes que rigen y guían la convivencia social. Excluirlos es como rechazar el pasado, en el cual hunde sus raíces el presente, en nombre de una modernidad sin memoria. Los ancianos, gracias a su madura experiencia, están en condiciones de ofrecer a los jóvenes consejos y enseñanzas preciosas.

La comunidad cristiana puede recibir mucho de la serena presencia de quienes son de edad avanzada. Pienso, sobre todo, en la evangelización: su eficacia no depende principalmente de la eficiencia operativa. ¡En cuantas familias los nietos reciben de los abuelos la primera educación en la fe! Pero la aportación beneficiosa de los ancianos puede extenderse a otros muchos campos. ¡Cuántos encuentran comprensión y consuelo en las personas ancianas, solas o enfermas, pero capaces de infundir ánimo mediante el consejo afectuoso, la oración silenciosa, el testimonio del sufrimiento acogido con paciente abandono! Precisamente cuando las energías disminuyen y se reducen las capacidades operativas, estos hermanos y hermanas nuestros son más valiosos en el designio misterioso de la Providencia.

También desde esta perspectiva, por tanto, además de la evidente exigencia psicológica del anciano mismo, el lugar más natural para vivir la condición de ancianidad es el ambiente en el que él se siente “en casa”, entre parientes, conocidos y amigos, y donde puede realizar todavía algún servicio. A medida que se prolonga la media de vida y crece del número de los ancianos, será cada vez más urgente promover esta cultura de una ancianidad acogida y valorada, no relegada al margen. El ideal sigue siendo la permanencia del anciano en la familia, con la garantía de eficaces ayudas sociales para las crecientes necesidades que conllevan la edad o la enfermedad. (19)

Sufrimiento, Dolor y Enfermedad

De la enfermedad, el dolor, el sufrimiento y la muerte surge el drama del ser humano: el hombre, frente a esa meta, no puede menos de plantearse la pregunta acerca del sentido de su existencia en el mundo. La literatura antigua y moderna, la filosofía, la sociología, la ética, la moral, el arte y la poesía, se interrogan acerca de un asunto tan fundamental. Ahora bien, las respuestas a menudo resultan confusas, contradictorias o, incluso, desesperadas.

El dolor y el sufrimiento se utilizan como sinónimos. La Asociación Internacional para el Estudio del Dolor (IASP) define al dolor: como una sensación desagradable y una experiencia emocional asociados con una lesión en los tejidos del cuerpo, actual o potencial o descrita en términos de dicha lesión.

Hay múltiples definiciones sobre el sufrimiento pero tomaré la vertida por Conde y Herranza: “la teología llama al sufrimiento: al padecimiento humano de origen o repercusión predominantemente espiritual, reservando el término dolor para aludir al padecimiento de orden predominantemente del organismo». (20).

Hay que mencionar algunas diferencias importantes entre ambos: el dolor es un mecanismo de defensa universal que se expresa mediante una sensación desagradable por razón del cual se detectan los estímulos internos o externos. Sin el dolor andaríamos desvalidos, el dolor es necesario como síntoma de alarma de nuestro cuerpo para decirnos que algo está mal y que necesitamos pedir ayuda.

El sufrimiento es la manera que una persona traduce el dolor, es opcional, no necesariamente es más profundo, es más sublime, cuando se traduce a positivo.

Siempre es subjetivo y personal, tiene relación con el la persona, su pasado, vivencias, creencias, costumbres, cultura, psicología, estrato social y por consecuencia la única forma de conocer que causa el sufrimiento es preguntar a quien lo padece.

Aristóteles, al comienzo de su Ética a Nicómaco, plantea que el fin que se proponen todos los hombres es la felicidad, pero cuando se les pregunta que entienden por felicidad, cada uno responde de forma distinta. Algo de esto ocurre con el sufrimiento, quizá porque son el reverso y anverso de la misma moneda.

La diferencia es que la primera se desea y la segunda no. Creo poder afirmar que los seres humanos estamos de acuerdo en una cosa: no deseamos sufrir. Aquí nos encontramos con una de las muestras más palpables de la paradoja contenida, en enigma

para unos, misterio para otros, que el ser humano busca la felicidad en forma pertinaz y, sin embargo está irremediabilmente destinado a enfrentarse con el sufrimiento.

El sufrimiento se nos ha presentado en alguna etapa de nuestra existencia y en grado variable, nadie, absolutamente nadie, se ha escapado por decirlo de alguna manera, sin embargo cuando acontece, en ocasiones no tenemos la conciencia de lo que es , ya sea en nuestra persona, familiares o amigos.

«El ser humano que sufre por una enfermedad, en ocasiones se encuentra afectado no solo en el parte física, ve como su cuerpo se deteriora y debilita, esto indudablemente tiene repercusiones en su esfera familiar, social, psicológica y espiritual, en su interior se sienta marginado, desahuciado e incomprendido por algunos sectores de la sociedad, se siente solo y alejado, pareciera que a su vida se le hubiese robado el sentido y la ilusión de vivir.

El cuerpo deja de ser un instrumento del que uno no es consciente cuando tiene salud, para convertirse en el centro de toda la atención. El interés se centra en el propio organismo, que con su dolencia y síntomas son los que le atrae la atención, desapareciendo el resto de los intereses que antes predominaban en la vida». (21)

Se produce asimismo, una alteración de la esfera de valores es un momento de crisis variable en cada persona en que puede replantearse los valores materiales, éticos, espirituales e incluso de carácter religioso y en donde el apoyo tanatológico manifiesta su esencia y razón de ser.

Como señala S.S el Beato Juan Pablo II« Obviamente el dolor, sobre todo el físico, está ampliamente difundido en el mundo de los animales. Pero solamente el hombre, cuando sufre, sabe que sufre y se pregunta por qué; y sufre de manera humanamente aún más profunda, si no encuentra una respuesta satisfactoria. Esta es una pregunta difícil, como lo es otra, muy afín, es decir, la que se refiere al mal: ¿Por qué el mal? ¿Por qué el mal en el mundo? Cuando ponemos la pregunta de esta manera, hacemos siempre, al menos en cierta medida, una pregunta también sobre el sufrimiento».

Ambas preguntas son difíciles cuando las hace el hombre al hombre, los hombres a los hombres, como también cuando el hombre las hace a Dios. En efecto, el hombre no hace esta pregunta al mundo, aunque muchas veces el sufrimiento provenga de él, sino que la hace a Dios como Creador y Señor del mundo.

Pero para poder percibir la verdadera respuesta al “por qué” del sufrimiento, tenemos que volver nuestra mirada a la revelación del amor divino, fuente última del sentido de todo lo existente. El amor es también la fuente más rica sobre el sentido del sufrimiento, que es siempre un misterio; somos conscientes de la insuficiencia e

inadecuación de nuestras explicaciones. Cristo nos hace entrar en el misterio y nos hace descubrir el “por qué” del sufrimiento, en cuanto somos capaces de comprender la sublimidad del amor divino». (22)

Es esperanzador que una gran mayoría de personas nos dan un gran testimonio del como padecer el dolor y el sufrimiento, no se abaten, ni se deprimen por la misma, le dan un sentido y por lo tanto un valor a los mismos, pero impregnados de una gran sentido y valor llenos de fe.

Qué mejor que escuchar la voz del que sufre para encontrar una fe viva y auténtica aún en situaciones desesperantes. Es el testigo veraz adecuado para señalar el sentido de la fe en el sufrimiento, a esa misma sociedad que no entiende sino el lenguaje de la utilidad y eficacia. El que sufre clama que la persona es más que todo eso y que no podemos reducir su esencia, su dignidad y su valor como hijo de Dios.

Un testimonio de ello es S.S. el Beato Juan Pablo II: «Yo conozco también —porque lo he probado en mi persona— el sufrimiento que produce la incapacidad física, la debilidad propia de la enfermedad, la carencia de energías para el trabajo, el no sentirse en forma para desarrollar una vida normal. Pero sé también —y quisiera hacérselo ver a vosotros— que ese sufrimiento tiene otra vertiente sublime: da una gran capacidad espiritual, porque el sufrimiento es purificación para uno mismo y para los demás, y si es vivido en la dimensión cristiana puede convertirse en don ofrecido para completar en la propia carne “lo que falta a las tribulaciones de Cristo, en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia”» (23).

No se trata de una reacción como algunos manifiestan de masoquismo, están muy lejos de la verdad, a este respecto como Ramón Lucas menciona: «Ante el sufrimiento, lo primero es buscar superarlo, suavizarlo y, en la medida de lo posible, eliminarlo. Cuando la vida puede cambiarse, es necesario hacer todo lo posible para cambiarla. Continúa diciendo: dicho claramente el sufrimiento es un mal, su función pedagógica-salvífica, en el sentido de que sirve para descubrir y realizar otros valores, no lo transforma en un bien. Del mal se pueden obtener ciertamente bienes, pero el mal continúa siendo mal, y en la medida de lo posible habría que evitar.

Señalando que el sufrimiento no es indispensable para encontrarle un sentido a la vida, sino más bien de que el valor y el sentido se pueden alcanzar a pesar, y más aún mediante el dolor, en el supuesto natural que nos enfrentamos a un sufrimiento inevitable». (24)

La Congregación para la Doctrina de la fe, Declaración «iura et bona» sobre la eutanasia afirma lo siguiente: « según la doctrina cristiana, el dolor, sobre todo el de los últimos momentos de la vida, asume un significado particular en el plan salvífico de Dios; en efecto, es una participación en la pasión de Cristo y una unión con el sacrificio redentor que Él ha ofrecido en obediencia a la voluntad del Padre.

Nos debe pues maravillarse si algunos cristianos desean moderar el uso de los analgésicos, para aceptar voluntariamente al menos una parte de sus sufrimientos y «asociarse así de modo consciente a los sufrimientos de Cristo crucificado» (25). No sería sin embargo prudente imponer como norma general un comportamiento heroico determinado. Al contrario, la prudencia humana y cristiana sugiere para la mayor parte de los enfermos el uso de las medicinas que sean adecuadas para aliviar o suprimir el dolor, aunque de ello se deriven, como efectos secundarios, entorpecimiento o menor lucidez. En cuanto a las personas que no están en condiciones de expresarse, se podrá razonablemente presumir que desean tomar tales calmantes y suministrárseles según los consejos del médico». (26)

Cuando el sufrimiento ya no es superable, como en el caso de la muerte o de un mal incurable ¿es posible darle sentido? ¿Cómo vivir una vida en el sufrimiento que ya no puede evitarse?

El sufrimiento si se vive adecuadamente, puede tener para la persona un valor pedagógico. En contra de esta afirmación se podría decir que la experiencia nos lo presenta con un carácter predominantemente negativo.

Algunos valores pueden alcanzarse con el sufrimiento, pero sólo raras veces el sufrimiento muestra un valor funcional respecto a la consecución de otros valores. Esto depende de la actitud del sujeto ante él. Es importante señalar que no se trata de ninguna manera de cambiar la situación, porque es imposible, sino de asumir actitudes adecuadas y coherentes con la situación misma.

El cambio de actitud llega cuando la mirada pasa del pasado-presente al presente-futuro; de la pregunta: ¿por qué ha sucedido? ¿Por qué a mí precisamente? a planteamientos más constructivos como: ¿qué puedo hacer? ¿Cómo puedo darle sentido? y una de vital importancia ¿Para qué me sucede a mí?

La posibilidad surge cuando la persona no se repliega egoístamente sobre el propio sufrimiento, sino que intenta y busca descubrir a donde puede llevarle el mismo.

Entonces el dolor no encadena al pasado, sino que es un impulso hacia el futuro. Puede dejar más madurez o al contrario más desolación: depende de la actitud asumida, somos libres de elegir, hay quien se resigna y quien no se da nunca por vencido; quien protesta y quien lo acepta; quien se desespera y quien está sostenido por la fe y la esperanza en Dios.

Se puede tener y manifestar una actitud positiva ante el sufrimiento como es el testimonio de una persona invidente: «“La Cruz contiene una orientación intrínseca e insoslayable hacia la victoria de la Resurrección... ¿Cómo anticipar tal experiencia de vida y de gozo, tal victoria sobre el sufrimiento, también en el cuerpo?” »(27)

«“Esta victoria” de la resurrección la hemos experimentado todas las veces que hemos participado, como miembros activos, incluso minusválidos, en la vida de las comunidades eclesiales, como alumnos de las clases de catequesis o como catequistas, como lectores durante las Celebraciones Eucarísticas o como participantes de los sacramentos de la Eucaristía y de la Confirmación, aun cuando algunos son minusválidos físicos o mentales graves; como participantes en el ministerio de la diaconía de la caridad, en Cáritas diocesana, en asociaciones parroquiales, en comunidades eclesiales de base, donde también nosotros, considerados habitualmente objetos pasivos del amor de los otros, llegamos a ser sujetos activos». (28)

No se puede cambiar el pasado ni aferrarse a él, ante una situación concreta como la que se acaba de exponer, lo maravilloso y grandioso de éstas personas, como muchas otras con capacidades diferentes, es que sirven de ejemplo ante las adversidades es que, ¿cuántos de nosotros vamos caminando en la vida cansados, abatidos y aparentemente derrotados? En este testimonio no se esconde de la realidad, ni la está ignorando, la “vé” con los ojos del alma, del corazón, con visión realista y actitud madura de no dejarse abatir por su capacidad diferente, de ser sujeto pasivo nos enriquece con su actitud positiva y le confiere un sentido a la vida, a su existencia y transmite un gran amor a sus semejantes.

Según las actitudes asumidas, habrá posibilidad de sentido o el sufrimiento quedará sin sentido. No todos obtienen algo útil de su sufrir, no todos encuentran algo que aprender del sufrimiento, precisamente porque esto depende del querer libre de cada quien. Es básico señalar que el sentido de sufrimiento humano no está en el sufrimiento mismo, sino en los planteamientos que se asumen para superarlo o vivirlo para nosotros los creyentes con una aceptación madura, plena y llena de fe en Dios.

Mundo del Sufrimiento

Como hemos señalado es vasto y complejo el mundo del sufrimiento y del dolor, es conveniente señalar lo expresado por S.S. el Beato Juan Pablo II, en relación a las clases de sufrimiento: «Puede ser que la medicina, en cuanto ciencia y a la vez arte de curar, descubra en el vasto terreno del sufrimiento del hombre el sector más conocido, el identificado con mayor precisión y relativamente más compensado por los métodos del “reaccionar” (es decir, de la terapéutica). Sin embargo, éste es sólo un sector.

La doble dimensión del ser humano, nos indica el elemento corporal y espiritual como el inmediato o directo sujeto del sufrimiento. Aunque se puedan usar como sinónimos, hasta un cierto punto, las palabras “sufrimiento” y “dolor”, el sufrimiento físico se da cuando de cualquier manera “duele el cuerpo”, mientras que el sufrimiento moral es “dolor del alma”.

Se trata, en efecto, del dolor de tipo espiritual, y no sólo de la dimensión “psíquica” del dolor que acompaña tanto el sufrimiento moral como el físico. La extensión y la multiformidad del sufrimiento moral no son ciertamente menores que las del físico; pero a la vez aquél aparece como menos identificado y menos alcanzable por la terapéutica.

Pero puede representar para el hombre una ocasión de crecimiento espiritual, abriendo horizontes más amplios que aquellos a los que obligan la limitación y la precariedad del ser físico. Cuando se le sostiene oportunamente, el enfermo, aun constatando su fragilidad corporal, se siente animado muchas veces a descubrir una dimensión que supera su corporeidad». (29).

No se puede olvidar que el hombre es un ser biológico, social, psicológico y espiritual y que el sufrimiento lo afecta en diferentes grados en estas dimensiones, que es limitado y mortal. Por tanto, es preciso acercarse al enfermo con un sano realismo, con honestidad desde el punto de vista tanatológico, evitando crear en el que sufre el espejismo de que la medicina es omnipotente. Hay límites que son humanamente insuperables; en estos casos, es necesario saber acoger con serenidad la propia condición humana, que el creyente sabe leer a la luz de la voluntad divina. La complejidad del ser

humano exige además que, al proporcionarle el acompañamiento necesario, no sólo se tenga en cuenta el cuerpo, sino también el espíritu.

Dicha complejidad se manifiesta también en el sufrimiento que nos causa ante la proximidad de nuestra muerte, de familiares, amigos o seres queridos meta natural del curso de la vida en la tierra. La concepción que se tenga del sufrimiento ante este proceso condicionará también el acompañamiento que se otorguen al enfermo en su etapa final de vida. Comprender sin juzgar a la gente para que la acepte serenamente forma parte de nuestra misión.

Entre los dramas causados por una ética que pretende establecer quién puede vivir y quién debe morir, se encuentra el de la eutanasia. Aunque esté motivada por sentimientos de una mal entendida compasión o de una comprensión equivocada de la dignidad que se debe salvaguardar, la eutanasia, en lugar de rescatar a la persona del sufrimiento, la elimina.

La compasión, cuando no se tiene la voluntad de afrontar el sufrimiento y acompañar al que sufre, lleva a la supresión de la vida para eliminar el dolor, tergiversando así el estatuto ético de la ciencia médica. Por el contrario, la verdadera compasión promueve todo esfuerzo razonable para favorecer la curación física del paciente. Al mismo tiempo, ayuda a detener o no realizar una labor médica cuando ya ninguna acción resulta útil para ese fin.

Desde este punto de vista, un ensañamiento terapéutico exasperado, incluso con la mejor intención, en definitiva no sólo sería inútil, sino que no respetaría plenamente al enfermo que ya ha llegado a un estadio terminal.

El rechazo del ensañamiento terapéutico no es un rechazo del paciente y de su vida. El objeto de la deliberación sobre la conveniencia de iniciar o continuar una práctica terapéutica no es el valor de la vida del paciente, sino el valor de la intervención médica en el paciente. La decisión de no emprender o de interrumpir una terapia será éticamente correcta cuando esta resulte ineficaz o claramente desproporcionada para sostener la vida o recuperar la salud. Por tanto, el rechazo del ensañamiento terapéutico es expresión del respeto que en todo momento se debe a la persona que sufre.

La concepción que se tenga de la muerte condicionará también los cuidados que se otorguen al enfermo en su etapa final de vida. En nuestra sociedad tecnológica y secularizada, la muerte es a menudo fracaso y punto final. Tratamos de posponer su

llegada por todos los medios y, cuando al fin nos alcanza, nos resignamos a ella con sentimientos de fracaso, vergüenza, derrota o agotamiento.

Enric Benito señala: La muerte es, ciertamente, en un primer sentido y más obvio, el cesamiento de todas las constantes vitales de un individuo; en este sentido, supone una amenaza a la integridad del sujeto, al menos en la forma que éste ha tenido de existir hasta entonces. Pero según las tradiciones espirituales, la muerte es sólo el cese de una forma de existir y el paso o la transformación de aquel ser a otra dimensión. Más aún, para dichas tradiciones, es otra dimensión es la Realidad, con mayúsculas: el origen y destino final de nuestra existencia».(30) y para nosotros los creyentes es la real trascendencia hacia Dios.

« Una vida que está llegando a su fin no es menos valiosa que una vida que está comenzando. Por esta razón, el moribundo merece el mayor respeto y la atención más solícita. En su nivel más profundo, la muerte es como el nacimiento: ambos son momentos críticos y dolorosos de transición, que abren a una vida más rica que la anterior. La muerte es un éxodo, después del cual es posible ver el rostro de Dios, que es la fuente de vida y amor, precisamente como un niño que acaba de nacer puede ver el rostro de sus padres. Por esta razón, la Iglesia habla de la muerte como de un segundo nacimiento.» (31)

Desde esta perspectiva espiritual, entonces, la muerte no es un punto y final más allá del cual no habría nada, sino un paso, una transición. Por consiguiente, hay que prepararse para dar ese paso: hay que cerrar un tiempo y abrirse al nuevo; importa tanto lo que se deja atrás como lo que está por venir. La proximidad de la muerte inaugura, pues, un proceso activo que implica a la persona en todas sus dimensiones y también a su entorno. El tiempo de morir es activo y tiene un valor.

Sea cual sea, finalmente, la representación que tengamos de esa otra vida a la que accedemos a través de la muerte de nuestro ser actual, lo cierto es que los valores espirituales cambian la mirada que dirigimos a la muerte. Desde esta perspectiva, la muerte es un misterio, pero no un absurdo.

La ciencia y la técnica jamás podrán dar una respuesta satisfactoria a los interrogantes esenciales del corazón humano. A estas preguntas sólo puede responder la fe, en este caso la fe católica.

Valor cristiano-católico del sufrimiento

"Por Cristo y en Cristo se ilumina el enigma del dolor y de la muerte, que fuera de su Evangelio nos abrumba", (Gaudium et spes, 22).

Quien en la fe se abre a esta luz, encuentra consuelo en su sufrimiento y adquiere la capacidad de aliviar el sufrimiento de los demás. De hecho, existe una relación directamente proporcional entre la capacidad de sufrir y la capacidad de ayudar a quien sufre. La experiencia diaria enseña que las personas más sensibles al dolor de los demás y más dedicadas a aliviar su dolor, son también las más dispuestas a aceptar, con la ayuda de Dios, sus propios sufrimientos.

El amor al prójimo, que Jesús describió con eficacia en «la parábola del buen samaritano». (32) permite reconocer la dignidad de toda persona, aunque la enfermedad haya alterado su existencia. El sufrimiento, la ancianidad, el estado de inconsciencia y la inminencia de la muerte no disminuyen la dignidad intrínseca de la persona, creada a imagen de Dios. Está bien luchar contra la enfermedad, porque la salud es un don de Dios. Al mismo tiempo, es importante saber leer el designio de Dios cuando el sufrimiento llama a la puerta de nuestra vida.

«Para nosotros, los creyentes, la clave de lectura de este misterio es la cruz de Cristo. Nuestro Señor Jesucristo vino en ayuda de nuestra debilidad, tomándola plenamente sobre sí. Desde entonces el sufrimiento ha adquirido un sentido, que lo hace singularmente valioso. Desde entonces el sufrimiento, en todas sus manifestaciones, cobra un significado nuevo y peculiar, porque se convierte en participación en la obra salvífica del Redentor ». (33). Nuestras penas sólo adquieren significado y valor plenos si están unidas a las suyas. Iluminadas por la fe, se transforman en fuente de esperanza y de salvación.

Como hemos señalado anteriormente nosotros estamos llamados a la alegría y a la vida feliz, pero experimentamos diariamente muchas formas de sufrimiento, y la enfermedad es la expresión más frecuente y más común del sufrir humano. Ante ello es espontáneo preguntarse: si tiene algún valor el sufrir. Sin duda, cada uno de nosotros se habrá planteado más de una vez esta interrogante, sea desde el lecho del dolor, en los

momentos de convalecencia, antes de someterse a una intervención quirúrgica o cuando se ha visto sufrir a un ser querido.

Para los cristianos, no son interrogantes sin respuesta. El sufrimiento es un misterio, muchas veces inescrutable para la razón. Forma parte del misterio de la persona humana, que sólo se esclarece en Jesucristo, que es quien revela al hombre su propia identidad. Sólo desde Él podremos encontrar el sentido a todo lo humano, no puede ser transformado y cambiado con una gracia exterior sino interior. Pero este proceso no se desarrolla siempre de igual manera; Cristo no responde directamente ni en abstracto a esta pregunta humana sobre el sentido del sufrimiento.

El hombre percibe su respuesta salvífica a medida que él mismo se convierte en partícipe de los sufrimientos de Cristo. La respuesta que llega mediante esta participación es una llamada: 'Sígueme', 'Ven', toma parte con tu sufrimiento en esta obra de salvación del mundo, que se realiza a través de mi sufrimiento. Por medio de mi cruz".

«Por eso, ante el enigma del dolor y del sufrimiento, los cristianos podemos decir un decidido "hágase, Señor, tu voluntad" y repetir con Jesús: "Padre mío, si es posible, que pase de mí este cáliz; sin embargo, no se haga como yo quiero sino como quieres Tú"» (34) La grandeza y dignidad del hombre están en ser hijo de Dios y estar llamado a vivir en íntima unión con Cristo. Esa participación en su vida lleva consigo el compartir su dolor.

Señaló Benedicto XVI en el hospital "Gaslini", que atiende a niños «He resucitado y ahora estoy siempre contigo —nos repite Jesús, especialmente en los momentos más difíciles—; mi mano te sostiene. Dondequiera que caigas, caerás entre mis brazos. Estoy presente también a la puerta de la muerte".

¿Cómo no pensar en la predilección que Jesús tuvo por los niños? Quiso que estuvieran a su lado, los señaló a los Apóstoles como modelos que hay que seguir por su fe espontánea y generosa, por su inocencia» (35). Se conmovió ante la viuda de Naím, una madre que había perdido a su hijo, a su hijo único. El evangelista san Lucas refiere que el Señor la tranquilizó y le dijo: "No llores"»(36)

El sufrimiento abarca a los niños que no lo captan en toda su intensidad no saben lo que significa y menos lo que es la muerte, para los padres es una angustia desgarradora, es una de las pérdidas que causan más dolor y sufrimiento, pero las palabras de Cristo, nos invitan a tener fe y esperanza, aunque parezca incomprensible.

Jesús sigue repitiendo a quien sufre estas palabras consoladoras: "No llores". Porque tenemos toda la certeza de que Dios no nos abandona jamás. Si permanecemos unidos a Él, no perderemos jamás la serenidad, ni siquiera en los momentos más oscuros y complejos.

El más inocente de los hombres -el Dios hecho hombre- fue el gran sufriente que cargó sobre sí con el peso de nuestras faltas y de nuestros pecados. Cuando Él anuncia a sus discípulos que el Hijo del Hombre debía sufrir mucho, ser crucificado y resucitar al tercer día, advierte a la vez que «si alguno quiere ir en pos de Él, ha de negarse a sí mismo, tomar su cruz de cada día, y seguirle». (37)

Existe, pues, una íntima relación entre la Cruz de Jesús -símbolo del sufrimiento supremo y precio de nuestra verdadera libertad- y nuestros dolores, sufrimientos, aflicciones, penas y tormentos que pueden pesar sobre nuestras almas o echar raíces en nuestros cuerpos.

El sufrimiento se transforma y sublima cuando se es consciente de la cercanía y solidaridad de Dios en esos momentos. Es esa la certeza que da la paz interior y la alegría espiritual propias del hombre que sufre generosamente y ofrece su dolor «"como hostia viva, consagrada y agradable a Dios». (38)

El que sufre con esos sentimientos no es una carga para los demás, sino que contribuye a la salvación de todos con su sufrimiento.

También hoy Jesús nos invita diciendo: «"Venid a mí todos los que estáis fatigados y sobrecargados, que yo os aliviaré" ». (39) «Volved pues a El vuestros ojos, con la segura esperanza de que os aliviará, de que en El encontraréis consuelo. No dudéis en hablarle de vuestro sufrimiento, tal vez también de vuestra soledad; presentadle todo ese conjunto de pequeñas y. a menudo, grandes cruces de cada día, y así -aunque tantas veces parezcan insoportables- no os pesarán, pues será Jesús mismo quien las llevará por vosotros ». (40)

Vistos así, el dolor, la enfermedad y los momentos oscuros de la existencia humana, adquieren una dimensión profunda e, incluso esperanzada. Nunca se está solo frente al misterio del sufrimiento: se está con Cristo, que da sentido a toda la vida: a los momentos de alegría y paz, igual que a los momentos de aflicción y pena.

Conclusiones

Trascender y superar las interpretaciones materialistas del hombre, significa de alguna manera interperlar, cuestionar y confrontarnos con algunas de las preguntas que siempre han sido formuladas: “¿Por qué sufrimos? ¿Para qué sufrimos? ¿Tiene un significado que las personas sufran? ¿Puede ser positiva la experiencia del sufrimiento?”

Principalmente cuando estamos en una situación que nos inquieta y abruma como es el sufrimiento y nos interrogamos sobre el sentido de la vida. El hombre, que se supera infinitamente a sí mismo, independientemente de sus creencias religiosas y espirituales, no sólo los cristianos y católicos como pueden pensar algunas personas, se cuestiona a sí mismo para dar un espacio a su trascendencia: “la existencia de la vida humana está llena de sentido aún en las situaciones más adversas que se nos presenten”.

No se trató aquí de enfatizar el hecho de experiencia de determinadas personas que alcanzan a dar un sentido a su vida; el sufrimiento y la muerte presentan en forma dramática el sentido de la vida porque en ella se manifiesta la paradoja fundamental de la existencia de la vida humana.

De hecho entender que la vida tiene un sentido y un valor, significa pensarla siempre en relación con el sufrimiento. Se tiene que incluirlo, porque de no hacerlo, significaría pensarlo como una realidad extraña a la vida, que se añade desde afuera, esto incluye a la muerte. Al final es el acto de morir lo que está presente en toda la vida.

El actual desarrollo científico y sus aplicaciones tecnológicas, han avanzado y mejorado, sin duda las condiciones de vida del ser humano, pero al mismo tiempo han introducido un cambio también en nuestro modo de pensar, que en el hombre lo importante es lo material, las realidades espirituales, al no ser materiales no son reales.

La ciencia y la tecnología, no pueden indicar por sí solas el valor y sentido del sufrimiento humano, olvida que el hombre tiene necesidad de mucho más que salud, ausencia de dolor y sufrimiento, y esto es lo que la dimensión religiosa y espiritual, en este caso la religión católica le proporciona en abundancia. El ser humano es una unidad sustancial de materia y espíritu, organismo viviente, que tiene conciencia, el cuerpo humano no puede ser reducido a un complejo de tejidos, órganos y funciones, está constituido por materia y espíritu, indivisibles, lo que afecta al cuerpo puede afectar el espíritu y viceversa.

Como ser espiritual que va más allá de la materia, vive su vida en continua apertura a Dios, hacia una trascendencia, lo que le permite no vivir enclaustrado,

prisionero de la materialidad y de su cuerpo. No vive de seguridades materiales, sino de fe y esta no lo exime de caminar en la obscuridad del valor cristiano-católico del sufrimiento, sino que a pesar de ello, da una respuesta concreta, incomprensible y locura para algunos, porque no se desespera y además ofrece al que sufre el misterio de la esperanza y el amor.

Nuestra fe cristiana llena al hombre del vacío de dicho valor, incluso cuando no se puede eliminar humanamente el sufrimiento. Pero dicho sentido y hay que afirmarlo con toda claridad no justifica un abandono en la lucha contra el sufrimiento, con todos los medios lícitos a nuestro alcance. La esperanza cristiana no conduce de ninguna manera a la pasividad y resignación “Vivimos en un valle de lágrimas”.

Desde el punto de vista humano se hace más consciente; desde el punto de vista cristiano acrecienta el valor y significado del sufrimiento por lo tanto su fe. No es verdad que solo sea fanatismo e intolerancia, se tiene apertura a su trascendencia cargada de valor y digna de ser vivida incluso cuando sufre. También se puede revelar, porque la mente no se resigna a entender la oscuridad del misterio pero en la fe, le da un valor insospechado y lleno de amor, porque está iluminado por la Palabra de Dios.

La revelación por parte de Nuestro Señor Jesucristo del valor del sufrimiento, no se identifica de alguna manera con pasividad. El Evangelio que es la “Buena Nueva” que proclama Cristo en su persona, actitud y manifestaciones, es la negación de la pasividad ante el sufrimiento. Por mucho que sea dramático, aniquilador y aparentemente desastroso el sufrimiento, se tiene que darle un valor y sentido. Éstos no se inventan, sino se descubren, son encontrados. Si se niega el sentido del sufrimiento, es porque no se le ha buscado, se duda en poder encontrarlo, más no porque no tenga sentido.

La fe y la razón no se contraponen como señala la Carta Apostólica “Fides et Ratio «son como dos alas con las cuales el espíritu humano se eleva a la contemplación de la verdad». (41). La verdad del valor y sentido del sufrimiento no se alcanzan con la sola razón, cuando se tiene fe cristiana-católica, se aceptan aunque no se entienda en plenitud su misterio.

El hombre que sufre tiene la posibilidad de transformarse profundamente y cambiar positivamente en sí mismo y frente a Dios. Cristo no ha venido a explicarlo o abolirlo, sino que enseña, ilumina y guía a transformarlo, a darle “un valor cristiano católico al sufrimiento humano”.

Bibliografía

- 1.-Carta Encíclica Evangelium Vitae; Juan Pablo II; No. 15; 1995.
- 2.- José Luis Caravias; Fe y Dolor; Respuestas bíblicas ante el Dolor Humano; Colección Selare; pág. 20; 1994.
- 3.- cf.Génesis 4,13-14
- 4.- cf.Génesis. 9,25; 49.7
- 5.-José Luis Caravias; Fe y Dolor; Respuestas bíblicas ante el Dolor Humano; Colección Selare; pág. 21, 1994.
- 6.- cf. Lucas.13, 1-5
- 7.- cf. Juan. 9,2
- 8.- Isaías, 56,1-2
- 9.-Directrices para la Pastoral de la Salud en México; Conferencia del Episcopado Mexicano; Comisión Episcopal para la Pastoral Social; pág.17- 19; 2008
- 10.-cf. Hebreos 2,18
- 11.- cf. Mateo 25,35-40
- 12.- cf. Lucas. 24, 13-35
- 13.- cf. Hechos 10,38
- 14.- cfr. Marcos 14, 33
- 15.-OMS; Nota descriptiva, Febrero 2013.Internet
- 16.-Juan Pablo II; XIII Conferencia Internacional sobre«La iglesia y la persona anciana» sábado 31 de octubre de 1998.
- 17.- OMS; Día Mundial de la Salud 4 Abril 2012: Envejecimiento saludable. Internet.
- 18.- Benedicto XVI a los participantes en la XXI Conferencia Internacional Consejo Pontificio, Pastoral de la Salud, 2006.
- 19.- Juan Pablo II, Carta a los ancianos No. 10 y 13: 1999
- 20.- J. Conde Herranaz, Aspectos espirituales del sufrimiento, en la Bioética en laEncrucijada, Asociación de Bioética Fundamental y Clínica, Madrid 1996,
- 21.-Cornago Sánchez Ángel, El paciente terminal y sus vivencias, Edit. Salterrae;Pág. 16, 2007.
- 22.-Juan Pablo II, Carta Apostólica, SalvificiDoloris; n.9, 1984
- 23.- Juan Pablo II a los jóvenes enfermos y minusválidos, Seminario Mayor de

Santiago de Compostela; 1989

24.- Ramón Lucas Lucas, Horizonte Vertical, Sentido y significado de la persona humana; Edit. BAC; pág. 88; 2010.

25. -cf. Mateo, 27, 34

26.-Congregación para la Doctrina de la fe, Declaración «iura et bona» sobre la Eutanasia; Cáp.III; El cristiano ante el sufrimiento y el uso de los analgésicos 1980.

27.-Juan Pablo II, Enseñanzas, 31 de marzo de 1984

28.-Comité para el Jubileo de la comunidad con personas con discapacidad, Ficha de preparación de la Jornada jubilar del 3 de diciembre de 2000

29.-Juan Pablo II, Carta Apostólica, Salvifici Doloris; n.5, 1984

30.-Enric Benito, Javier Barbero, Alba Payás; El acompañamiento espiritual en cuidados paliativos; Grupo de Trabajo sobre Espiritualidad en Cuidados Paliativos de la Secpal; n.14-15.- Internet;

31.-Discurso Juan Pablo II a la Sociedad internacional de oncología ginecológica 30 de Septiembre 1999

32.-cf. Lucas 10, 29 ss.

33.cf. Catecismo de la Iglesia católica, n. 1521.

34.-cf. Mateo 26,39.

35.- Discurso Benedicto XVI a los niños enfermos del hospital "Giannina Gaslini" de Génova; domingo 18 de mayo de 2008.

36.-cf. Lucas 7,13

37.-cf. Lucas 9, 22ss.

38.-cf. Romanos 12,1

39.-cf. Mateo 11, 28.

40.-Juan Pablo II, Catedral de Córdoba (Argentina), miércoles 8 de abril de 1987

41.-Fidei Ratio, Encíclica, Introducción, 1998.